

## UN CLÁSICO DE LA LITERATURA COMPARADA\*

Antonia Hernández Cantabella

Con el capítulo sobre ‘La literatura Comparada y la crisis de las humanidades’ introduce Claudio Guillén al lector en esta obra, reeditada al cumplirse veinte años de su publicación. Hace referencia a los orígenes del comparatismo en los primeros años del siglo XIX, así como a su edad de oro, comenzada con el final de la Gran Guerra y hasta 1985. Menciona el papel de Norteamérica como el más relevante, tanto por su receptividad como por la llegada de exiliados europeos que nutrieron durante años las universidades americanas. En Europa destaca el protagonismo de las investigaciones francesas. Del panorama actual del comparatismo, el autor señala las varias dificultades a las que se ve sometida esta disciplina, tales como la fragmentación de los estudios comparatistas y las tendencias de carácter político, social y étnico que imperan en Estados Unidos. En lo que respecta al ámbito europeo, alude a la amenaza del nacionalismo creciente y, acerca de la situación española, Guillén se muestra desalentado ante actitudes como el “ombliguismo, la monomanía localista, la ceguera respecto a los Otros, la indiferencia a todo cuanto no es español.”

Aunque con brevedad, le interesa destacar ya en este prólogo las dos tendencias denominadas *Cultural Studies* y *Post-colonial Studies*, representadas respectivamente por Fredric Jameson y Edward W. Said. El primero de estos autores, formado en el marxismo hegeliano y el neomarxismo, que estudió en Yale y conservó las ideas filosóficas de Francia y Alemania, mantiene, según Guillén, “la insólita voluntad americana de esperanza [...] de utopía [...] y su sentido positivo de la temporalidad”. Para Jameson es imposible desligar la creación literaria del universo político; por otro lado, no se limita al ámbito literario, sino que se siente atraído por otros cauces, como el cine o la pintura, y presta atención al posmodernismo. De Said destaca su empeño en volver la mirada hacia las tendencias olvidadas —femenina, no blanca, no europea—, consciente de que “la literatura nunca es inocente”: “Una crítica competente, secular, irónica, es una forma de oposición dentro del sistema”. Se ha pasado de una vinculación de la historia literaria con la historia económica a un emparentamiento con la historia política; ése es el estado actual, post-marxista, de la cuestión.

La primera parte del libro está dedicada a presentar una historia de la Literatura Comparada así como los rasgos que la definen. La definición de Literatura Comparada viene al principio: “Cierta tendencia o rama de la investigación literaria que se ocupa del estudio sistemático de conjuntos

---

\* A propósito de CLAUDIO GUILLÉN, *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada (ayer y hoy)*, Tusquets, Barcelona, 2005.

supranacionales”, término que prefiere a lo largo de toda la obra al de “internacional”. Esta definición aparece completada en el último capítulo de la obra: “El estudio de la Literatura Comparada concluye en el estudio de conjuntos supranacionales que son estructuras diacrónicas. La tarea principal de la Literatura Comparada es investigar, explicar y ordenar las formaciones temporales y supranacionales”. Para conseguirlo, debe darse una “reflexión totalizadora”, que consiste en superar todo nacionalismo cultural para instalarse en una literatura del mundo. Y ello se consigue si se equilibra la tensión entre “lo local” y “lo universal”, pues el comparatista debe concebir ambos espacios como interdependientes. Por otra parte, los conceptos de “lo uno” y “lo diverso” nos retrotraen, según el autor, al romanticismo, periodo histórico en el que se desmoronó el imperio de los modelos literarios clásicos para dar lugar al concepto de poesía como producto destinado a la humanidad; este periodo acogía dos vertientes opuestas como son el cosmopolitismo y “el afán de conjunto”. El ideal de la Literatura Comparada consistía ya en aquella época en captar la originalidad de las distintas literaturas nacionales. La poética ha dejado de ser el modelo. Más tarde, durante la época positivista, se mezclarán el internacionalismo romántico con el nacionalismo fruto de esa concepción de la literatura como producto biológico de un país. Claudio Guillén dedica un capítulo al concepto utilizado por Goethe de “Weltliteratur” o literatura del mundo, ideal al que debe aspirar el comparatista, que persigue un vínculo entre lo “local” y “lo universal”, y para ello parte de las literaturas nacionales, obviando por supuesto lo nacionalista, que nunca formaría parte de dicha literatura.

Guillén pasa revista a los hallazgos de franceses y norteamericanos en este campo. El capítulo dedicado a ‘La hora francesa’ subraya la importancia de la recepción de una obra literaria, y se centra en tres mecanismos de transmisión del producto literario: los intermediarios, imprescindibles a lo largo de la Historia de la Literatura —recuerda a este respecto a Blanco White como intermediario entre poetas ingleses y españoles—, las revistas —de las que destaca el hecho de que deben incitar, interesar y estimular a los lectores— y las traducciones o influencias —como la Cervantes en *Tom Jones*— y recuerda el peligro que entraña el “atomismo”, esto es, la tendencia a estudiar exclusivamente una obra, sin relacionarla con lo que la rodea; esta tendencia fue rectificada por tres corrientes de la crítica: el neomarxismo, el estructuralismo de los años 60 y 70 y la estética de la recepción. En lo que se refiere a la llamada por él ‘Hora americana’, destaca el periodo de inflexión producido a raíz de la Segunda Guerra Mundial, que trajo consigo unas aspiraciones internacionalistas, un hastío de ideologías patrióticas y un humanismo más profundo. Todo ello se tradujo en un trabajo basado en la colaboración de europeos y americanos en las universidades de Estados Unidos. Uno de estos estudiosos, René Wellek, llegado de Checoslovaquia, puso el acento en lo que llamó “la crisis de la Literatura Comparada”, traducida en una metodología mal deslindada, unas fuentes empleadas de forma mecánica y un protagonismo dado al nacionalismo cultural. También propugnó la unión de la Literatura Comparada y la Literatura General.

Para concluir con esta panorámica de las principales posturas teóricas, se recuerda la idea de Robert Escarpit de considerar menos significativa la división

de lenguas y naciones que las diferentes clases de comunicación verbal (popular, comercial, oral, rosa, cantada, universitaria, femenina o propagandística) o las diferentes funciones (estética, cognoscitiva, informativa, moral). Asimismo, esa “pluralidad de mundos” planteada por humanistas y creadores se polariza con la “integridad” del mundo descrito por las ciencias naturales o las tecnologías.

“El estudio de las literaturas”, concluye Guillén, “es una metatentativa por descubrir y congregar las creaciones producidas en los más dispares y dispersos lugares y momentos”.

Dentro de esta primera parte del libro, el autor plantea tres posibles modelos de supranacionalidad, a los que llama Modelo A, B y C respectivamente. El primero de estos modelos está pensado para tratar aspectos supranacionales que tienen que ver con los internacionales. Es el caso del análisis de la novela picaresca, por ejemplo. Se respetará el léxico de la poética europea, o se innovará en el léxico para aludir a fenómenos históricos. El Modelo B tendrá en cuenta aspectos socioeconómicos comunes a civilizaciones políticamente dispares. El estudio de la épica producida en las diferentes sociedades primitivas sería un ejemplo de aplicación. El Modelo C retoma la Teoría de la Literatura para el estudio de fenómenos supranacionales; es lo que ocurre en el estudio del género de la disputa literaria. Según se avanza en los modelos, se va ganando en capacidad teórica y universalidad. La finalidad de la Literatura Comparada es, para el autor, la confrontación de la Teoría de la Literatura con el conjunto de saberes del comparatismo.

La segunda parte del libro se inicia con el análisis de los aspectos que condicionan el estudio de los géneros literarios. Desde el punto de vista histórico, es necesario aceptar la transformación de los géneros, que se percibió ya en el romanticismo, y que fue analizada pormenorizadamente por los formalistas rusos, quienes investigaron acerca del auge de unos géneros hasta entonces secundarios, como el diario, la carta o la novela por entregas. Es interesante la aportación de Lázaro Carreter, quien menciona la trascendencia de los epígonos, así como de los escritores que no aceptan someterse a un género recibido. La cuestión que se plantea es cómo surge y desaparece un género. La visión sociológica alude al carácter institucional de los géneros, así como a su capacidad para perdurar y para transformarse. El ámbito pragmático es el del lector, el de su expectativa ante la obra literaria. Desde el punto de vista estructural se plantea el género como contragénero, cuando este es utilizado como respuesta a otro, como ocurre en el *Quijote* como respuesta a la novela picaresca. Asimismo, debe analizarse una obra frente a las escritas anteriormente en el mismo género. El estudio conceptual de los géneros presta atención a los “genera mixta”, que han sido frecuentes en la historia de la literatura y hoy llaman la atención de los estudiosos. Finalmente, el punto de vista comparativo lleva a indagar en las diferentes culturas para hallar muestras de un determinado género. Así como la genología ocupa la atención del autor, también la morfología y la tematología aparecen ampliamente analizadas en este manual. Destacan por su abundancia los temas mencionados, analizados por autores como Praver o Curtius, y culmina este capítulo con una consideración de Frye, para quien el “marco de toda la

literatura” es la pérdida y la recuperación de la identidad del héroe; es “el itinerario de una búsqueda”, “un anhelo [...] que lleva del morir al renacer”.

Las relaciones literarias internacionales no se asientan en el poder económico; más bien es la relación entre la literatura de un lugar y el desarrollo del pensamiento lo que hace florecer la cultura, según Croce. Las relaciones internacionales son culturales, sociales y políticas, y ahí radica su interés humano, según el autor. El estudio de la intertextualidad, propuesto en 1966 por Julia Kristeva y desarrollado posteriormente, aparece diferenciado del concepto de “fuentes”, dado su carácter anónimo. Se alude también en este capítulo al fenómeno de la traducción y a sus múltiples géneros; el buen traductor es un historiador, y además debe hacer traducciones apoyado en el saber, el rigor y el entusiasmo; es, según Poggioli, “un artista literario que busca fuera de sí mismo la forma adecuada a la experiencia que desea expresar”. Para traducir bien una obra, no basta con someter la cuestión lingüística sino que es preciso abarcar la “función imaginativa o fantástica”.

Las últimas páginas de la obra de Guillén plantean unas consideraciones personales acerca de la diferencia entre el término “influencia” —empleado por Harold Bloom— y el de “intertextualidad”, adoptado por el autor. Asegura, por otro lado, que la realidad actual nos lleva lejos tanto del nacionalismo decimonónico como del cosmopolitismo, y ante nosotros se presenta el fenómeno de la supranacionalidad como si se tratase de un reto frente al globalismo. Para no confundir los caminos, acoge Guillén los conceptos de parte/conjunto, pertenencia/no pertenencia y presencia/ausencia, y desecha el binomio nacional/mundial. No otro cometido tiene la posmodernidad que el de enlazar lo pasado con lo presente en los estudios literarios.